

También notamos en este particular la influencia de otro obstáculo, á saber, la pereza de aquellos hombres: no queremos con esto decir que el hombre no se dedique á la agricultura, sino que ésta se ha mantenido en un grado de inferioridad á causa de la imperfección de los aperos de labranza. Las mujeres y los niños provistos de sus azadas, de uso poco práctico que, en los pueblos desconocedores del hierro, consisten en palos encorvados, cavan simplemente la superficie de la tierra. El arado no lo usan los pueblos verdaderamente naturales, y por ende mucho menos conocen la igualación de la tierra y los abonos, excepción hecha de la ceniza de las malezas quemadas. Con más frecuencia se encuentra el riego artificial.

Así como en los Trópicos la agricultura se encuentra dificultada por los poderes naturales maléficis, en los países templados lo está por la menor productividad del suelo y por la menor benignidad del clima. En éstos, la agricultura no se practica con la extensión que en los Trópicos, sino que constituye una rama secundaria de la economía do-

méstica, siendo más bien de la incumbencia de las mujeres, y sirviendo, por regla general, para atender únicamente á las más imperiosas necesidades. En oposición al rápido incremento que entre los africanos tomaron las plantas de cultivo recientemente introducidas en sus territorios, es de notar que los neo-zelandeses, á pesar de la afición que en un principio habían demostrado por las patatas — llevadas del Cabo de Buena Esperanza á su isla por el capitán Turneaux — no sólo no plantaron ninguno de estos tubérculos, sino que devastaron el campo en que Turneaux, para bien estar de ellos, los había sembrado. Los norte-americanos son también en su mayor parte malos agricultores. Únicamente la perseverancia puede obtener progresos en la agricultura y en la ganadería: el nomadismo fué un obstáculo á su desenvolvimiento. La agricultura facilita, en todas las circunstancias, la formación de un capital, y el desarrollo de la industria y del comercio mucho más que el nomadismo. Uno y otro nos dan los fundamentos para clasificar mejor los estados.

VESTIDO Y ADORNOS

En ninguna parte encontramos la desnudez completa establecida como costumbre. — Extravagancias en el vestido y en la desnudez. — Una mejora en el vestido no es en absoluto un indicio de cultura. — La moda. — El vestido deriva del adorno. — Materias naturales para el vestido. — El clima ejerce poca influencia en el vestido. — Ejemplo de los habitantes del país del Fuego. — Esquimales. — Universalidad de los adornos. — Semejanza entre los objetos que sirven de adorno. — Adornos y armas. — Mutilación. — Diferencias de adornos según las generaciones. — Materiales de adorno. — Los adornos y el comercio. — Metales preciosos. — Perlas falsas. — Limpieza.

Sostienen algunos que existen pueblos en los cuales el vestido es desconocido por completo; pero la observación no corrobora esta afirmación sentada con carácter demasiado general. El que llega á una tribu de «salvajes» y se entera de que andan desnudos hombres y mujeres, podrá encontrar, como registre sus cabañas, algunas prendas de vestir, siquiera miserables. Tal aconteció con los baris del alto Nilo, cuya desnudez es proverbial entre los nubios; tal en los pueblos desnudos de la América tropical del Sud. Cuando transitoriamente falta el vestido, lo vemos sustituido por otros atributos; así, muchas veces, encontramos cuerpos unguados, ó engrasados con colores, ó adornados con tatuajes que producen un efecto engañoso, como por ejemplo el tatuaje de un habitante de las islas Marquesas, de tal naturaleza, que parece que éste se ha vestido con una tela tricot de elegante dibujo. A esto hay que agregar el tinte oscuro y de un brillo mate de la piel de los hombres de color, de la que con razón se ha dicho, que su color y su tono bastan para hacer más soportable y menos chocante la desnudez. El objeto del vestido parece haber sido primero abrigar, luego proteger el pudor, y por último despertar la impresión de una variedad agradable. Todo esto se combinó para formar el conjunto que conocemos con el nombre de traje, y con ello se demuestra que los pueblos naturales, en esto como en todo, antepusieron lo agradable á lo necesario. Lo que siempre se encuentra son objetos de adorno; en cambio, las vestiduras púdicas son desconocidas por regla general en los niños y algunas veces en los adultos.

Esta ausencia de vestido no es en manera alguna indicio de inferioridad en el estado de cultura general, sino manifestación de negligencia. El que de ello quisiera deducir la falta de pudor, cometería un error tan grande como aquél que de las inmoralidades de nuestra época sacara la

misma consecuencia y la aplicara á la cultura de nuestros pueblos. En frente de algunos ejemplos de desnudez impúdica, encontramos otros muchos en los cuales se salva con el mayor cuidado el pudor, ofrecidos por pueblos no muy civilizados, como los hotentotes, en la doble forma de delantales anteriores y posteriores. La mayor ó menor perfección del vestido no guarda relación con el mayor ó menor grado de cultura: la mujer waganda ó wanyora que cuidadosamente se envuelve en sus cortezas, no está á mucha mayor altura que la nyam-nyam, que apenas cubre su desnudez con una hoja de alguna planta; y aquellos pueblos que consideran crimen digno de la pena de muerte el presentarse desnudo en público, no acusan mayor civilización que los duallas, que en sus trabajos marítimos se despojan de todas sus vestiduras. Finalmente, en este particular no encontramos grandes diferencias nacionales. Después de lo cual podemos afirmar que el sentimiento del pudor es general en la presente humanidad, y que allí donde al parecer falta, es por causas accidentales ó transitorias.

Pero este sentimiento no es el primero que el hombre se esfuerza por satisfacer cuando viste su cuerpo: lo primero que á ello le impulsa es el deseo de agradar: aquél, como precepto moral, como necesidad desagradable, con poca cosa queda satisfecho; al paso que éste trae consigo esmero y gastos considerables, pudiendo decirse de muchos pueblos, sin temor de pecar de exageración, que á la afición por adornar sus cuerpos se debe la mayor parte de sus ideas y de su trabajo. Estos pueblos son mucho más aficionados á la moda que los que se encuentran en un grado superior de cultura, y los mercaderes que comercian con ellos saben cuán rápidamente cambian allí las modas. ¡Cuántas cargas se imponen los hombres naturales, para llegar en punto á adornos á la mayor altura!

Por esto sería altamente injusto querer juzgar de la im-

perfección ó de la falta de vestidos, sin tener en cuenta los demás atributos que los pueblos naturales ostentan en sus cuerpos. Si abarcamos todo esto en un conjunto, nos sentiremos impresionados por el predominio del capricho, manifestado por la postergación de lo necesario, á lo cual podemos llamar lujo, por pobre y digno de lástima que éste nos parezca. El más miserable bosquimán se hace un brazalete con un trozo de piel, y no deja nunca de ponérselo; pero puede muy bien suceder que, en cambio, olvide colocarse el delantal de piel, ó que lo lleve en tal estado que no cumpla el objeto para que ha sido hecho, es decir, que no proteja el pudor. Estos hombres, tan pobres en cultura, tienen más lujo que otros más civilizados, en proporción á lo poco que poseen. Los adornos ocupan un lugar tan preferente entre ellos, que algunos etnólogos hacen derivar en absoluto de esos adornos el vestido, considerando imposible trazar la línea divisoria que separa á éste de aquéllos: para ellos el traje es producto de una evolución de los adornos, y en su consecuencia opinan que el sentimiento del pudor no tuvo influencia ninguna en el primitivo desenvolvimiento de las vestiduras. Moseley dice: «Los habitantes de la bahía de Humboldt, con todos los adornos de diversa índole que llevan en el cuerpo, en las piernas y en los brazos, suelen dejar, por regla general, completamente descubiertos sus órganos genitales. El australiano del Cabo York, que se encuentra en un grado de cultura mucho más inferior, carece de vestido y de adornos, excepción hecha de algunas cicatrices y algunas veces de ciertas pinturas. En los mismos pueblos civilizados, muchas veces se considera el vestido más bien desde el punto de vista del adorno ó de la ostentación que desde el de abrigo contra el frío ó del recato del pudor. Por esto vemos á menudo entre los tagalos y visayos de Filipinas niños de ambos sexos con camisas pintarrajeadas que no les llegan más que hasta el ombligo.» No participamos de esta opinión generalista, pues no encontramos posibilidad de fijar de una manera indudable la prioridad de uno ú otro de los dos sentimientos en cuestión, es decir, del pudor ó de la afición al adorno. Los hechos demuestran de un modo cierto y positivo la preponderancia de ésta sobre aquél; pero de ello no puede deducirse cuál de los dos es más antiguo.

Si hubiéramos de tratar profundamente esta cuestión, habríamos de mencionar otros puntos de vista que aquí sólo podemos exponer ligeramente. El pudor tiene, especialmente en las mujeres, algo de coquetería, y para probarlo, basta citar como ejemplo, entre otros muchos, el escote de los vestidos de baile. Insensiblemente va perdiendo el recato su carácter de necesidad para acercarse más al adorno, por medio de franjas ó cintas, de colgajos con campanillas, de cadenas, etc. Para ello debiera también tenerse en cuenta, porque algo significa, la costumbre de llevar el pene oculto en una concha ó en un saquito, que más bien hace visible que oculta aquella parte del cuerpo. Y por último, tampoco debe echarse en olvido la superstición, que hace de aquella parte, como de otras mucho menos importantes, un objeto peligroso de mirar.

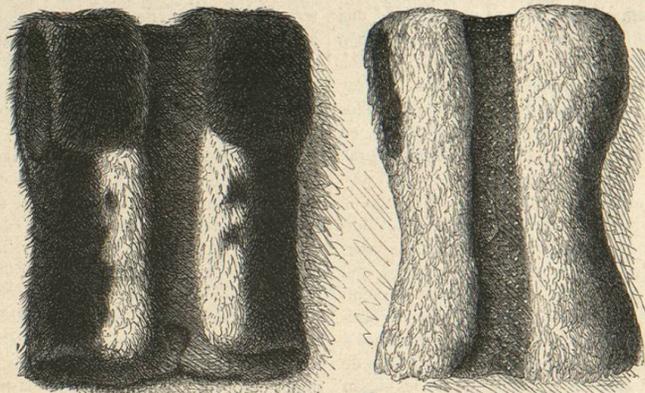
La clase de vestido y la perfección del mismo dependen naturalmente, en gran parte, de las materias que para su confección ofrece la naturaleza ó produce el trabajo. Desde este punto de vista, no todos los países de la tierra ofrecen tan buenos materiales como el Brasil tropical, en donde el «árbol-camisa» (especie de *Lecythis*) tiene una corteza tan flexible y tan fácil de arrancar, que los indios no hacen más que cortar los troncos en trozos de 4 á 5 pies de largo, arrancar sus cortezas, ablandarlas y batirlas, después de lo

cual practican en cada una de ellas dos agujeros para los brazos, y ya tienen confeccionada una camisa. En los bosques de ese mismo país críase una palmera de la cual se sacan aún más fácilmente casquetes, cortando las vainas de la misma, que sin ninguna preparación pueden servir para ese objeto. La hoja de higuera, que ya en el Paraíso vemos mencionada, la encontramos de nuevo con múltiples variaciones, y conmemora su resurrección en las capas de junco de los japoneses.

El empleo de las cortezas como material para el vestido se extiende ó se extendió desde la Polinesia hasta el Congo, y aparece también en América, de suerte que puede decirse existe en todas las zonas tropicales. En la India, el Código de Manú prescribe á los brahmanes que quieran terminar sus días entregados á la meditación religiosa en las selvas, que usen vestidos de corteza ó de piel: probablemente allí, como en África, servía para este objeto la corteza de una especie de *Ficus*. En la Polinesia alcanzó alto grado de perfección la confección de una tela flexible que se hacía con la corteza del moral-papirus. Es admirable cómo en algunas ocasiones los pueblos que ya no se sirven de este material lo buscan afanosamente: así, por ejemplo, los kayanes de Borneo, cuando están de luto, se despojan de sus zarongs de algodón para vestir su antiguo traje de corteza: asimismo la gente de baja estofa de Madrás se desnuda con ocasión de cierta fiesta que anualmente se celebra, para vestirse con ramas cubiertas de hojas. También en las costas del Oeste de África los habitantes cambian sus vestidos por pieles, para conmemorar ciertas fiestas relacionadas con el culto idólatra que allí se practica. Parece como que estos hombres poseen el sentimiento harto fundado de que estos trajes primitivos y tomados directamente de la naturaleza, tienen más valor y son más nobles que esos andrajos europeos, cuya importación ha traído consigo cierto capricho y una decadencia en el traje de esos pueblos naturales, que aceptan con avidez, y se ponen todos los harapos de Europa que á sus manos llegan, de tal suerte, que los caudillos lucen túnicas de mujer, camisas de dormir, uniformes de oficiales, cinturones con cascabeles, etc.

Comparando los habitantes de los climas crudos con los de territorios más templados, veremos que la gran maestra, la necesidad, apenas ha impreso en los pueblos naturales aquella formalidad que, explicándose los preceptos de circunstancias más duras, obra conforme á los mismos. Así, por ejemplo, los sud-australianos y los tasmanios apenas se vistieron, en los tiempos primitivos, más que los pañúas. La pobreza en el vestido, fácil de evitar dada la abundancia de animales de aquellos países, sólo debe atribuirse á pereza. Los habitantes de las costas orientales de la Tierra de fuego, con estar aparentemente dotados de mejores cualidades, llevan capas de guanaco como los patagones, y los de las costas occidentales tienen por lo menos pieles de foca. Entre las tribus vecinas de la isla de Wollastd, una piel de nutria ó de otro cualquier animal pequeño, las más de las veces no mayor que un pañuelo de bolsillo, constituye el único abrigo contra un clima no menos crudo que en aquellos otros países. Atada transversalmente sobre el pecho por medio de cuerdas, cada vez que el viento sopla pasa de un lado á otro. Y aún muchos prescinden por completo de este abrigo reducido á la más mínima expresión. Darwin vió en ese país á algunos habitantes de la Tierra del Fuego, completamente desnudos, en sus canoas, yendo con ellos una mujer adulta. «Llovía copiosamente, — así describe la escena, — y el agua de lluvia junto con la que levantaban los remos, chorreaba por el cuerpo de aquélla». En otro lugar de esa misma comarca, en donde desembar-

caron, vió á una mujer que acallaba á un recién nacido y que sólo por curiosidad se acercó al buque, mientras estaba granizando y las piedras azotaban su desnudo pecho y la piel de la criaturita. Y esto no obstante, esa epidermis tan poco sensible al frío y á la humedad, parece que siente de un modo extraordinario los efectos del calor. Háse citado con frecuencia la narración de Darwin explicando que un grupo de naturales de la Tierra del Fuego, con el que se juntó en el canal de Beagle, sentóse con él y sus compañeros alrededor de una hoguera, pudiendo entonces observar que mientras los blancos, perfectamente arropados y colocamuy cerca del fuego, no sentían todavía calor suficiente, aquellos indígenas, que estaban más lejos de la fogata y que iban medio desnudos, comenzaron á sudar muy pronto copiosamente. Y no puede decirse que en este caso exista una necesidad impuesta por la falta de vestidos más calientes,



Vestidos de ainos, hechos con pieles de cuadrúpedos y de aves (Colección del Mr. de Siebold, de Viena).

cuando más, llevan collares de dientes de animales ó de abalorios europeos; en cambio llevan con frecuencia en los labios clavos fabricados con piedra ó con huesos, en cuyo último caso están adornados con círculos concéntricos: análogos objetos penden también de sus orejas. Algunas figuritas de animales ó de hombres sirven de amuletos y de dijes en sus armas y utensilios.

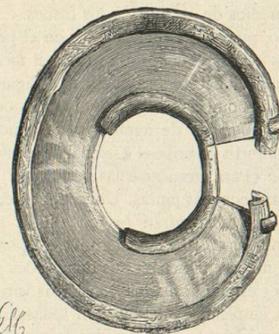
El calzado es general en las marchas y está fabricado, las más de las veces, de pieles y algunas de madera ó de corteza, siendo de notar que la manera usual de atarse las sandalias se ha extendido por todo el mundo.

Hemos hablado de la generalización de los adornos entre los pueblos naturales: con efecto, en ninguno de ellos dejan tales adornos de encontrarse. En cambio, en los pueblos civilizados, ¿cuántas no son las personas, pobres y ricas, que excluyen todo adorno así del cuerpo como del traje? Es, sin embargo, de notar que la generalización del adorno ha sido en gran parte facilitada por el hecho de que éste estaba íntimamente ligado con otros objetos secundarios. Los amuletos, por ejemplo, — que en todas partes encontramos — revistieron, desde un principio, la forma de adornos. J. M. Hildebrandt, dice en su curioso libro sobre los wakambas: «Los amuletos son considerados como un arma defensiva y por esto merecen ocupar, en toda obra etnográfica, un lugar entre los adornos y las armas». Puede decirse que son más lo primero que lo segundo, pero hay muchos adornos que son, en primer término, armas y que, en segundo, pueden servir para embellecer el cuerpo. Los brazaletes de hierro que en gran abundancia usan los negros, sirven perfectamente para

pues los de la Tierra del Fuego tienen á mano la primera materia, las tenues pieles intestinales de los animales marinos, con que los aleutes confeccionan sus trajes de lluvia.

Únicamente los hiperbóreos, ingeniosos y hábiles en todo, se han acomodado á las necesidades de su clima y de otros elementos que les rodean, y sus trajes de pieles de cuadrúpedos y de aves constituyen, en esta materia, uno de los inventos más curiosos y más apropiados á su objeto pudiendo de ellos decirse que son los únicos pueblos naturales de las zonas templadas ó frías que se han confeccionado trajes adecuados. A los emigrantes al Norte del Océano Pacífico (habitantes del estrecho del Rey Guillermo), sus vestidos los delatan como genuinos hiperbóreos. El traje de los esquimales que tapa por completo sus cuerpos, hace que sea poco frecuente en ese pueblo el uso de los adornos, de suerte que allí no encontramos brazaletes, ni ajorcas y

zos y piernas brazaletes hechos con pelos de cola de jirafa; los del África occidental, gorros de piel de un antlope especial; y en Tonga, los collares confeccionados con dientes de cachalote son, á la vez, adornos, signos de distinción, moneda y quizás también amuleto. En las capas inferiores de la civilización, donde los mayores capitalistas pueden llevar sus riquezas sobre sus cuerpos, se comprende que los adornos y la moneda sean una misma cosa; pues no hay sitio tan seguro ni en que mejor pueda hacerse ostentación de



Un brazaletes de hierro de un irenga (Museo etnográfico de Viena) $\frac{1}{4}$ de su verdadero tamaño

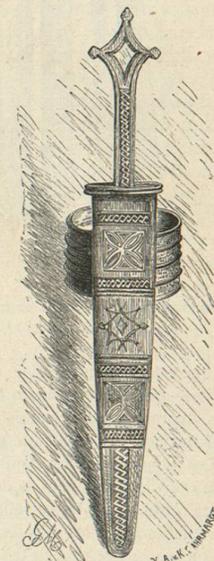
la fortuna, que el propio cuerpo. Siempre vemos que sirve de moneda algo valioso, aunque no necesario, y esto es precisamente lo que constituye los adornos; de aquí la extraordinaria difusión de signos de valor que pueden, al propio tiempo, servir de moneda, tales como las conchas cauris, dentarias y otras, los dientes de cachalote, los anillos de hierro y de cobre y las monedas agujereadas. En estos grados no se conoce el valor de la plata ni del oro.

Hemos de ocuparnos, finalmente, de la importancia que para el hombre natural tiene el lenguaje mudo de las mutilaciones y desfiguraciones corporales. El tatuaje es un signo de tribu y de familia y á menudo indica también las gloriosas campañas en que ha tomado parte el que lo ostenta y demuestra que éste ha llegado á la edad viril: lo propio podemos decir de las mutilaciones de dientes y de las cicatrices artificiales. De estas últimas se sirven, asimismo, algunos pueblos como signos de luto: otros, en tales casos, se cortan un dedo. Las cicatrices que en forma de rayos ó de líneas paralelas llevan los australianos en la frente ó en las mejillas, sin otro objeto aparente que el de adornarse, significan entre los schillukes, tibbus y otros pueblos del África central, la pérdida de algún pariente próximo. Aun cuando la mutilación de un dedo ó la amputación ó escisión de un testículo no pueden ser consideradas como tentativas para adornar el cuerpo, no cabe establecer una separación completa entre los adornos, los signos de distinción y el cumplimiento de preceptos sociales ó religiosos. Algunos de los adornos que se hacen en el cuerpo pertenecen indudablemente al número de aquellas manifestaciones del primitivo impulso artístico que con más cuidado han sido atendidas: por esto los tatuajes de los neo-zelandeses, hechos á fuerza de muchos años de trabajos y de dolores, pueden figurar entre las manifestaciones más notables del sentimiento y habilidad artísticas de ese pueblo. El tatuaje ofrece ciertamente los mejores productos al sentimiento artístico de los pueblos naturales, siendo de notar que los malayos y polinesios, que á tanta altura se encuentran en otras cosas, sobresalgan también en esto de una manera notable. Los in-

dios no se muestran en ello tan hábiles y entre los negros hay muy pocos que dediquen á esta rama del arte la atención que consagran á sus peinados, arte en el cual superan á todos los pueblos, debido en gran parte á la rigidez que tienen sus cabelleras.

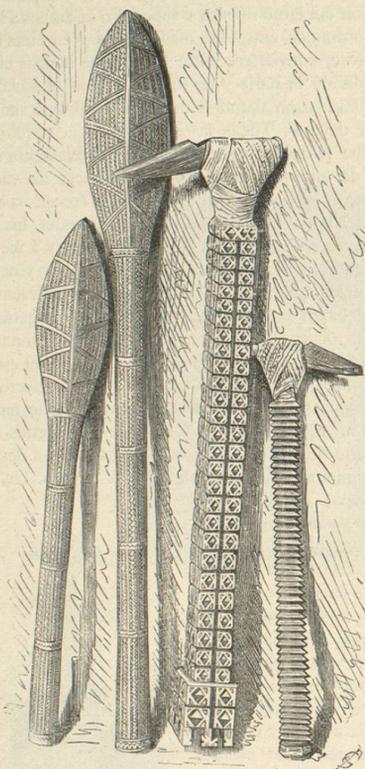
Como en todas las primitivas industrias, preséntasenos aquí como fenómeno característico la infinita variación sobre un tema limitado; así es que algunos pueblos se dedican á pintarse, otros á hacerse el tatuaje, otros á peinarse. La perforación del labio inferior ó superior ó de ambos á la vez, que encontramos entre los madi-schulis y en otras tribus del alto Nilo, conviértese entre las mujeres bongas en una perforación de la nariz y de todo el lóbulo auricular, por los cuales se pasan alambres de latón. Lo propio acontece entre los dajakos. Todas las costumbres que se refieren á una misma parte del cuerpo, tienen probablemente cierta relación de afinidad. Los batokas se arrancan los dientes superiores, gracias á lo cual los inferiores crecen hasta sobresalir del labio inferior: sus vecinos orientales, los manganjas, llevan unos clavos en el labio superior y á menudo también en el inferior, y de esta suerte consiguen tener una facha parecida á la de aquéllos. Estos múltiples desenvolvimientos del afán de adornarse, presentan á veces extraordinariamente desarrollado el sentimiento artístico innato de los pueblos; por esto no deja de ser interesante el estudio de los mismos desde su primitiva rudeza. Los efectos del contraste ocupan, naturalmente, un lugar preferente, habiendo hecho notar, con razón, Moseley que los adornos de la mayor parte de los «salvajes» están destinados á destacar sobre una piel mucho más oscura que la nuestra. Las conchas blancas, los dientes y otros objetos análogos, producen sobre aquel fondo oscuro, un efecto muy distinto que el que causan puestos en nuestras pálidas manos ó en los sombríos armarios de un museo. Por esta razón encontramos muy extendidas las costumbres de pintarse los cuerpos de blanco y de rojo y de blanquearse el oscuro pelo con cal. Los mombutúes han llegado á la cúspide del arte de pintarse, procurando evitar en las variadas pinturas que en sus cuerpos ejecutan, los colores brillantes y las líneas y manchas primitivas.

Una de las cosas que en esta materia hay que evitar, es el aplicar con exceso ideas sabidas á estos adornos con que se embellece el hijo de la naturaleza. En frente de la tendencia de la investigación prehistórica que quiere que los motivos de adorno sean la propia signatura de los pueblos que los llevan, hemos de hacer constar el papel importantísimo que, en estas cosas, desempeña el capricho. Ciertamente el capricho tongánico se reconoce siempre por las figuritas humanas, esculpidas según el estilo mosaico; pero esto no constituye más que un círculo de cultura muy reducido, en el cual puede fácil-



Un puñal de Lagos, para ser llevado en el antebrazo (Christy Collection), Londres, $\frac{1}{3}$ de su verdadero tamaño.

mente haberse conseguido gran firmeza en la tradición. Pero la cruz que encontramos en los escudos elegantemente tejidos de los nyam-nyam, y la media luna que vemos en las esculturas polinesias ¿han de ser consideradas como una imitación ó como productos influidos por los símbolos del cristianismo y del islamismo? En un mismo pueblo, consérvanse comunmente con gran perseverancia ciertos temas de adorno que sólo varían dentro de límites muy estrechos. El hecho



Remos y hachas, emblemas de caudillos: Islas de Hervey (Museo etnográfico de Munich) 1/3 de su verdadero tamaño

de que esta regla no se siga en África respecto de los peñados, — que en una misma tribu ofrecen infinitas variedades, — parece indicar que éstos no están ligados á normas fijas por ninguna costumbre ni tradición arraigadas.

Los hombres suelen, también, en este punto aparecer como privilegiados, pues se dedican más á los adornos de todas clases y emplean en ellos más tiempo. Entre los grupos inferiores de los salvajes, los adornos obedecen á la ley que casi es general en todos los demás animales, es decir, el hombre es el que los usa más ricos, al paso que la mujer carece de éstos. La civilización ha trocado por completo esta relación y el grado de progreso de un pueblo puede, en parte, ser medido por la importancia de los sacrificios que, en punto á adornos, están dispuestos á hacer los hombres en pro de las mujeres. En las sociedades muy civilizadas, los hombres sólo vuelven á la antigua costumbre de los adornos ricos cuando son militares, funcionarios ó cortesanos.

Consecuencia práctica de las tendencias que en medio de la mayor miseria, hacia el lujo se notan, es la limitación

del comercio con los pueblos naturales á un reducido número de objetos, todos ellos de adorno, de juego ó de goce material. Excepción hecha de algunos habitantes, en cierto modo civilizados, de las costas y de las colonias europeas, el comercio con los indígenas del África está casi reducido á las perlas, al alambre de latón, á los anillos de latón y de hierro, al aguardiente y al tabaco: los dos únicos productos que, sin pertenecer á esa categoría, han adquirido cierta importancia en el tráfico con aquellos pueblos, son los tejidos de algodón — que han llegado á convertirse en medios de cambio — y los fusiles.

Por último, pueden también citarse en el presente capítulo aquellos instrumentos propios para el tocado, con los cuales se confeccionan todos aquellos prodigiosos artificios en los cuales el hombre primitivo — al igual que el civilizado — cifra su esperanza de agrandar y de vencer. Veamos como Schweinfurth describe el «arsenal de bisutería» de una mujer bongas: «Para arrancarse las pestañas y las cejas, se valen de unas pequeñas pinzas. Únicamente entre las mujeres bongas se encuentran los cuchillos propiamente elípticos, llamados «tibah», que, terminando por arriba y por abajo en un mango, tienen en sus dos bordes un filo muy pronunciado y están adornados con líneas variadas. Estos cuchillos los emplean las bongas en todas las faenas domésticas, especialmente para mondar tubérculos, para cortar calabazas, pepinos y otros frutos análogos. Anillos, cascabeles, campanillas, broches y clavos, que se clavan en los labios y lóbulos de la oreja propiamente agujereados, y las horquillas en forma de lancetas que son necesarias para partir y separar las trenzas, completan el arsenal de bisutería de las mujeres bongas.» Unas tenacitas para las espaldas, etc., forman también parte de los avíos de casi todos los africanos, y se encuentran generalmente colocadas en un estuche especial en las vainas de los puñales. Algunos llevan, además, una espina de puerco espín ó una aguja de marfil clavada en los cabellos. Los peines son perfectamente conocidos de los polinesios, hiperbóreos y negros.

Así como el hombre civilizado considera la limpieza como el principal de los adornos, el hombre natural dista mucho de colocarla á tanta altura: la practica cuando no le cuesta gran trabajo el hacerlo, y en algunas de sus manifestaciones parciales ha llegado á ser de tal suerte costumbre que los negros, por ejemplo, están muy por encima del término medio de los europeos en punto á la limpieza de los dientes, para la cual emplean un pedacito de madera fibrosa. La repugnancia que causan los excrementos es, á menudo, verdaderamente supersticiosa y contribuye, por ende, á que se mantengan limpios los alrededores de las chozas. Turneaux cita con asombro la existencia de excusados entre los maories. Lo que facilita extraordinariamente la limpieza es la ausencia del traje ó por lo menos la insignificancia del mismo. Por regla general, encontramos la porquería en su más alto grado en aquellos pueblos que, por la variabilidad del clima, se ven obligados á ir constantemente vestidos con trajes que no pueden cambiarse todos los días, porque esto los estropearía demasiado pronto: por regla general estos trajes se llevan, conforme á los preceptos de Dschengischán, hasta que, como dice Bastian, se desprenden á trozos del cuerpo. Por otro lado, puede afirmarse sin temor alguno que los polinesios, que van casi completamente desnudos, que viven en climas benignos y que están rodeados de agua, son uno de los pueblos más limpios de la tierra. Raras veces vemos infringida la costumbre que, cual vigorosa ley, manda al hombre abstenerse de toda comunicación con la mujer durante la menstruación de ésta. La poligamia hace que esta ley pueda

cumplirse fácilmente. Pero también encontramos en la vida de familia íntima de muchos pueblos naturales, otra costumbre que humilla á los pueblos civilizados: nos re-

ferimos á la de que los padres y los hijos no duerman en la misma habitación, extendida entre los negros, malayos é indios.

LAS VIVIENDAS

Las primeras chozas. — Origen de la edificación con madera y con piedra. — Carácter fugaz de la mayor parte de chozas. — Valor histórico de la edificación permanente. — Clasificación de los pueblos naturales según sus construcciones. — Causa de abrigo. — Construcciones sobre estacas. — Agrupación de viviendas. — Importancia etnográfica de las ciudades. — Distintas clases de ciudades. — Ruinas de ciudades y ruinas de civilizaciones.

Una necesidad tan primitiva como general creó el germen de la edificación, es decir, las primeras chozas: ningún pueblo vive constantemente en las concavidades de los árboles, como algunos grupos de tasmanios del tiempo de Cook, ni en las quebras de las peñas, como los dispersos betschuanos del territorio de Matabele. Esas chozas son, por regla general, muy sencillas y frágiles, y por lo que hace á la edificación propiamente dicha, es decir, á las construcciones permanentes y luego provistas de adornos, podemos decir que es cosa poco distante de la época contemporánea. La afirmación un tanto vaga de Laprade — de que «El nacimiento de la arquitectura, la construcción del primer templo, indican el comienzo de los tiempos históricos» — está, en cierto modo, justificada, siempre que, bajo el nombre de arquitectura se entienda la edificación de monumentos con carácter de permanentes. El etnógrafo, en presencia de las chozas de fetiches de los africanos interiores y de los melanesios, encontrará aquí demasiado estrecha la idea de templo, y para él comenzará mucho antes el paso que arrancó á la edificación del estadio de las chozas primitivas. La necesidad de abrigo, que impulsa á los animales á venir en auxilio de la naturaleza cercando y cubriendo sus guaridas, constituye el primer germen, del cual fué desarrollándose más tarde el arte de la edificación, en toda aquella magnificencia que espiritualiza la naturaleza. Citaremos, ante todo, aquellas imitaciones inmediatas de la naturaleza á que el hombre se ve obligado precisamente por esa necesidad, y tendremos que hablar de la costumbre de habitar en árboles — más propia de animales que de hombres — practicada en muchos pueblos, que, como los semi-nómadas bosquimanos, utilizan las ramas colgantes de los árboles ó las malezas, entrelazándolas y fortaleciéndolas de una manera instable. Los que cortaron ramas ó troncos, los elevaron en el suelo formando un círculo, unieron sus extremos superiores entre sí y cubrieron este edificio poco sólido con ramaje ó con pieles, dieron el primer paso hacia la construcción de las chozas primitivas, tales como las encontramos entre los habitantes de la Tierra del Fuego, los hotentotes, los gallas y los somalis. A partir de este punto, una larga serie de construcciones, cada vez más sólidas y más adornadas, nos lleva hasta la cúspide de la edificación de madera, de la cual son ejemplo las casas con ricos adornos de los malayos y de los isleños de Palau y los palacios de los reyes de los mombuttúes ó de los waggandas, en los cuales para nada entra la piedra. El germen, hermano del anterior, que se desenvuelve proporcionalmente hasta llegar á las construcciones de piedra, que á tan alto grado alcanzan, lo encontramos en la costumbre de vivir en cavernas, que tan general fué en los primitivos tiempos y que aun en la actualidad vemos con frecuencia practicada. La edificación con piedra es superior á la de madera por la mayor solidez del material, lo cual hace, en cambio, que la ornamentación sea en ella más difícil: aque-

lla ventaja puede, sin embargo, más que este inconveniente, pues lo bello se encuentra en la primera fácilmente, siquiera en la simetría que es la condición fundamental de toda belleza arquitectónica.

Que la dura presión de la necesidad no es gran cosa para promover una mayor actividad encaminada á satisfacer las necesidades de abrigo y de alimentación, más apremiantes cuanto mayor es la crudeza del clima de las regiones poco favorables al desenvolvimiento de los reinos vegetal y animal, lo demuestran los indígenas de la Tierra del Fuego, respecto de los cuales, puede afirmarse, por más que parezca increíble, que no sólo no hacen más, sino que hacen menos que otros pueblos que disfrutaban de condiciones menos desfavorables. Véase cómo describe sus chozas un observador tan excelente como Darwin: «El wigwan de un habitante de la Tierra del Fuego se parece en su magnitud y en sus dimensiones á un haz de heno. Consiste simplemente en algunas ramas poco tronchadas y clavadas en tierra y está, por uno de sus lados, cubierto, aunque de un modo muy incompleto, por una capa de hierba y de juncos. Para construirlo apenas se necesita una hora, pero tampoco puede servir sino es unos pocos días.» Más adelante añade que en la costa occidental los wigwans son, en conjunto, mejores, puesto que están cubiertos con pieles de foca. Por otro lado, describe con las siguientes palabras la cabaña de un hombre que vivía completamente solo y que debía ser algún proscrito: «No ofrecía más abrigo que la habitación de un mono.» Los tasmanios pueden ser también citados, desde el punto de vista de la construcción de chozas, como el pueblo más atrasado de todos los australianos. Y en Australia, en donde una población dotada por la naturaleza de iguales condiciones y toda ella en un mismo grado de cultura, habita, aquí y allí diseminada, el vasto continente comprendido entre la latitud ecuatorial y la más templada, es al par que interesante, instructivo, ver cómo la construcción de chozas ha progresado en las comarcas más cálidas, mientras que en las más frías se ha mantenido en un deplorable atraso. Desde el momento en que este hecho se reproduce en otros lugares — como en el Sud de América y en el Sud de África, en donde los hombres se rodean de menos elementos de abrigo cuanto más crudas son la situación y el clima de los puntos en que habitan — adquiere el valor de un experimento, y éste nos sirve para confirmarnos en una opinión que ya de antemano podíamos aceptar por el simple conocimiento de la naturaleza humana, á saber: que no es la *dura necesidad*, la gran maestra necesidad, la que obliga al hombre á realizar los más importantes progresos desde el estado natural al de cultura, sino que únicamente con el desenvolvimiento tranquilo que la paz y la abundancia proporcionan, puede llegarse á los grados más altos de la civilización, aun en lo que atañe á la construcción de chozas y de casas. Lo que, ante todo, se necesita, es la estabilidad. El nomadismo penetra